

Antología de Nathanael Gellibert.



Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

Al amor, a la vida y a la muerte.

Índice

A una desconocida.

Palabras a la mujer que amo.

Lamento breve.

Soneto del ave inerte.

Noche íntima.

Si yo te he querido.

Fue nuestro.

¡Y quiero vivir!

Muerte.

Ella.

La pena de mis penas.

Reflexión.

Confesión.

A mi amigo.

Poetas somos todos.

Monotonía simple.

Tu voz.

Contemplación.

Noche.

Tu sangre.

Chiste.

Como el cielo envuelve el canto.

No quiero enamorarme.

Me muero primero y lloro después.

Escribir es un suplicio.

Mi poesía.

Breve reflexión.

A una desconocida.

Un suspiro de misterio
asomaba de sus labios,
como flores que en su cuerpo
llevan notas del verano.
Sus pupilas eran copas
que en el viento derramaban
el aroma de las rosas
que en el alba se quebraban.
Su figura fue la luna
y en el sol ardió su estrella;
y sus manos fueron sombra
del albor de una azucena.

Dulce estatua de lo vivo,
llama azul de la poesía:
si tu nombre desconozco,
si es que acaso no eres mía;
ve y ocúltame tu aurora,
no me seas más querida;
que mis sueños sean tierra
y tu voz desconocida.
Ve y ocúltame quién eres
para así nunca quererte
y esconderte mi delirio
en miradas que se pierden.

Palabras a la mujer que amo.

El amor es condición
del sentido de la vida;
es la llama inagotable
de la flor de la poesía.

Hay amor en todas partes:
en el alba y en el aire,
en el agua de los ríos
y en las noches invernales.

Y en los besos del crepúsculo,
al nacer el nuevo día,
hay amor en sus remansos
y verbenas en mi lira.

Porque somos lo que amamos
existir tiene sentido;
y queriendo yo me muero
en el cúlmen del delirio.

Y honrando nuestra esencia,
te propongo una propuesta:
¡Amémonos hoy y siempre
y olvidemos las fronteras!

Lamento breve.

No conozco las flores, ni la vida
que en sus pétalos crispados esconden,
porque sobre el alma llevo una herida

que me nubla la vista. Se confunden
mis dolores con la tierra y el polvo,
y soy como los muertos que trascienden.

Mis tristezas de un cajón desempolvo
y las esparzo por el cielo inerte.
Es hoy el cielo: dolor, tierra y polvo.

Las nubes conocen por mí la muerte.
La tumba que aguarda mi alma despierta.
Soy enemigo de Dios y la suerte.

La sangre negra de mi herida abierta
brota a chorros sobre un mar de miseria.
No hay quién consuele mi alma descubierta.

Soneto del ave inerte.

El ave vuela y muere en el suelo
donde su carne alada se hace fría
y su alma desconoce la apatía
al olvidar sus pasiones del viento.

Su cuerpo inerte riega vino y duelo
sobre la roja raíz de las dalias
que embriagarán las dulces fantasías
de los jóvenes amores de enero.

Florece el amor y cesa la vida.
Lucen los mares remanso febril.
Lloran los cielos. La luna se inunda.

La llama divina expira entre tinta
desvanecida en penuria sutil.
Sangre y polvo desemboca en su tumba.

Noche íntima.

La noche está íntima y la luna roja.
Con la delicadeza de una flor
se desnuda el aire sobre mis labios
derrochando suspiros de pasión.
Su voz está envuelta con el fulgor
de una amapola empapada en ceniza,
y desciende de la luna sangrienta
a la fúnebre tierra de mi ser.
Ella se deshoja en cuanto me toca
y el fuego de su corola derrama
todo el calor que me falta por dentro.
Se funde con mi pecho esclarecido
y mi corazón reclama sus pétalos,
desesperado por el dulce néctar
que ahora domina mi pulso frágil.

Si yo te he querido.

¿Si yo te he querido,
por qué me lastimas?

¿Por qué cuando paso
los ojos desvías
como si no oyeras
que mi alma perdida
se quiebra en tu orilla?

¿Por qué no te apiadas
de mí, si te quiero?
¿Por qué me arrebatas
la tierra y el cielo?

¿Acaso no ves
la herida que llevo
del pecho hasta el cuello?
¡Son trescientas rosas
que cubren mi faja!

Fue nuestro.

No fue sólo una mirada,
era blanca luz divina.

No fue sólo una ilusión,
era estrella en lo sombrío.

No fue sólo una mirada,
era fuego en las pupilas.

Era más que un sólo instante,
era suyo... *¡y era mío!*

¡Y quiero vivir!

Llevo atado el corazón al cielo.
Llevo el alma pegada a la piel.
Llevo espadas inmensas de hiel
sobre el pecho empapado de anhelo.
Llevo la sangre hervida en desvelo.
Llevo en la espalda la carga dura
de la ilusión más blanca y más pura
que el ser humano puede sentir:
¡Quiero soñar y quiero vivir
con pasión, con fervor, con locura!

Muerte.

Su corazón se detuvo.
Entre los dedos del viento
flota desnudo su aliento,
y el espíritu que tuvo
dentro de su pecho ardiente
se entrelaza con el mustio
polvo de la sementera.
La luna entreteje el nombre
gigantesco de la muerte
y Dios observa impotente
el final fútil de su obra.
La sangre y la tierra funden,
entre diluvio y dolor,
abono de vida nueva,
que ingrata germinará
sin idea de su fuente.
Su corazón ya no late;
y la carne de su carne,
y los huesos de sus huesos,
claman al cielo de plata
angustiados por el alma
que algún día vivió en ellos.

Ella.

Un rumor de luna nueva
reverdece sus mejillas,
y se marca y nunca cesa
el arpegio de mis días.

Sobrevuela su cabeza
un rosal de luz sombría
y las flores de una cueva
entretejen farolillas.

Un umbral de inmensa pena
ensombrece sus pupilas,
que florecen de las copas
de su rostro que marchita.

De su rostro que marchita
se rocían las corolas,
de su tez descolorida
se reaniman armonías.
Del amor de sus verbenas
llueve sangre, llueve tinta.
Del calor de sus sonrisas
vive el aire de mis días.

Llueve carne, llueve sangre
del aliento de mis huesos.
Se reparten entre risas
sus cadáveres los cuervos.

La pena de mis penas.

Llueve sal de mis entrañas
sobre el cielo sanguinario.

Un brezal de pena amarga
es mi cruz y mi rosario.

Si tus ojos me presagian
el peor de los caminos,
sé la daga cristalina
que acaricie el cuello mío.

Si la tierra es mi destino,
que me jure el mar su olvido,
pues me pesa la certeza
de lo que hube de haber sido.

Reflexión.

En el rincón de la mente
donde anida la apatía
palpita insomne
mi alma sensitiva.
Soy montículos de tierra
que sobre el polvo caminan.

Confesión.

He venido a decirte
lo que a fuerza quisiste
arrancar de mis labios:
*Más mía es tu agonía
que mía es mi alegría.*
Es esa la razón
de que me importes tanto.

A mi amigo.

*(Un regalo a mi amigo,
a quien tanto he querido).*

Querido amigo mío,
por tus ojos cansados
mi alma pregunta;

sabes tú, más que nadie,
que mi gente me importa
mucho más que mi vida,
y no puedes negar
que tus ojos oscuros
dolor inspiran.

Dime tú, amigo,
si de mí necesitas;
si acaso es compañía
lo que tu alma precisa.

En tus cejas se asoma
el sudor de tu frente
y una luna de pena
ensombrece tus sienes.
Son tus manos del mundo.
Es tu carne de plata.
Es tu sangre alimento
del polvo que alzas.

En relicario de oro
guarda, amigo, tus lágrimas;
que recuerde la tierra
el vaho que derramas.

Ojalá pueda el cielo

contener tu alma.

Ojalá, hermano mío,
te bastase la tierra
para ser vivo.

Poetas somos todos.

No son mis labios distintos
de los del resto del mundo,
ni vive en mi pecho flor,
alhaja, cometa o ensueño
incapaz de florecer
en el vasto corazón
azul de mis semejantes.

Sí, poetas somos todos
en cuanto exista en nosotros
la inmensa llama fulgente
del honesto sentimiento.

Mientras seamos capaces
de admirar intensamente
el espíritu dorado
que envuelve todas las cosas
con luz dulce y melancólica
seremos, de alma, poetas.

Monotonía simple.

Hoy igual que ayer,
mañana igual que hoy.

Todo pasa igual:

Deshojan los árboles,

y gira la tierra;

y la noche, hermana

del insomne día,

amansa el dolor

fiero del hastío.

El azul inmenso

plomizo se posa

sobre el monte frágil.

Sonríe la luna,

y entona el mañana

aquel mismo cántico

amargo del hoy

que ya no respira.

Tu voz.

Tu voz lial es constante
fuente pura de mi idilio,
y es mi corazón cantante
mucho más tuyo que mío.
Como el sol acalorante
anda tu alma sobre lirios.
Y es tu pecho el mundo entero,
y la tierra de mi entierro.

Contemplación.

Como arena entre los dedos
se deshace el horizonte
con profundo sentimiento
de penumbra y de desvelo.

La metálica tristeza
derramada sobre el suelo
tiende sus brazos de cielo
en el vientre melancólico
de la eterna lejanía
transparente de la luna.

Rayan las flores el aire
cristalino de la tierra,
y los arpegios finales
del corazonado día
vuelan en las pupilas
empapadas de ilusión
de las almas que no duermen.

Noche.

Quiebra en llanto mi pecho enamorado
esta noche de eterna soledad,
y entre las nubes aflora una estrella
azul y de cristal.

En el astro reverdece el espíritu
alunado de la luna inmortal,
y mi corazón crispado
con afán inefable
clama con sangre fresca sobre el labio
por la celeste calidez que irradia
el cuerpo funebremente lejano.

Sobre el rostro de aljibe del paisaje
se mecieron las horas,
y fue dorada el alba,
pero nunca mía mi azul amada.

Tu sangre.

Fue tu sangre sobre el limo
rocío dulce y dorado,
un suspiro acompasado
de un clavel rosado y fino.
Fue de polvo su destino
y su aliento fue cansado,
como el son acongojado
del febril albor de un lirio.
Tu ilusión cuajó tu sangre,
y cubrió con muerte el plomo
embriagante del vinagre.
Alma, carne y voz asomo
al abismo inmenso que abre
las hojas que llora el olmo.

Chiste.

¿Qué más da morir solo
y sin Cristo que me quiera
si la vida me plantea
el camino de poeta?

Como el cielo envuelve el canto.

Como el cielo envuelve el canto
misterioso de las flores,
hoy me cubre con su manto
el aliento espiritual
y sereno de la noche.
Incendí pues con locura
esta piel que era de fuego,
con el alma de la luna
y sus flores de desvelo.
Fue mi voz un sol de sangre,
hoy, ceniza de mis sueños,
y mis huesos son de alambre.
Soy el polvo de la tierra,
de la lumbre, triste estela.

No quiero enamorarme.

No quiero enamorarme.
Prefiero que me arranque
de cuajo el corazón
y lo use de colgante.
Quiero que sea su alma
el halo ilusionado
que cubra mis crisálidas pupilas
con el sonrojo del ocaso.
Quisiera ser tan suyo,
como son tuyas
las blancas perlas
de mis pestañas.

Me muero primero y lloro después.

El ruido plomizo taladra el ambiente.
Paredes de nácar y blanca la luz.
La sangre rezuma del aire de nieve
que muere flotando con brazos en cruz.
El llanto es amargo... la pena tan breve.
Dolió como duelen los besos del sol.
La luna sonrío y un cántico leve
deshoja la carne de un cruel corazón.
Es tal sentimiento que embarga mi ser:
que muero primero y lloro después.

Escribir es un suplicio.

Del rincón más oscuro de la mente,
donde anida la flor de mi ambición,
andan torpes ideas tristemente:
Hijas son de mi lóbrega ficción.

Ellas vagan sin rumbo y a su suerte
como vaga la luna hacia el cenit:
Alumbrando la tierra hasta que al fin
madrugada fatal le de la muerte.

Ellas quieren vestirse de palabras
y volar a la azul inmensidad
sobre trazos de tinta que el mañana
borrará de la regia eternidad.

Mas la forma que anhelan me es ajena,
y con telas y harapos las vestí
para que habiten muy lejos de mí.

Mi poesía.

Intento de versos
que sueñan poesía;
idea sin cuerpo
que avanza en tropel;
huracán que azota
sin alma genuina:
¡Palabras que siento
que no deben ser!
Jardines de rosas
de luna encendida;
delirios sin forma
que erizan la piel;
suspiros del alba
que no desemboca.
¡Me dice el cerebro
que no pueden ser!

Breve reflexión.

Huyendo de la muerte
morimos cada día.
¿Vale de algo abrumarse?
Si el mundo es una sombra,
busquemos el consuelo
en la tórrida lumbre
de nuestras fantasías.